

Núm. 4.

LA LEVA FORZOSA.

Presidida de su cabo *Ojo al tres*, pasaba esta leva por la calle de los Parados, á tiempo que su guarda con voz lastimera gritaba ¡Ave Maria Purísima . . . ! ; ¡Las doce y sere no !

Acercósele el cabo, diciendo: señor guarda, bien se conoce que vd. está mas dormido que despierto, pues acaba de cantar (llorando) que el tiempo está sereno, cuando es todo lo contrario: si digera vd. nublado, turbulento, tempestuoso, habría dicho verdad: alce vd. la cara y verá cuan negro está el cielo, y qué relámpagos tan encendidos despide.

Ahora sí creo que estoy durmiendo (dijo el guarda), pues nada veo de cuanto vd. dice. No lo extraño (contestó *Ojo al tres*) por que muy poco ó nada debe vd. entender de eso, sin embargo de ser el nocturno pregonero de las horas y sus aspectos. Sepa vd. amigo, que el tiempo está rebuelto, y amenazando grandes tempestades, ¿comprende vd. el sentido en que le hablo? = No lo dejo de ignorar, señor.

Esto decía *Ojo al tres*, cuando llegaron seis hombres cubiertos con esclavinas encarnadas, y en lugar de sombreros llevaban grandes gorros de igual color. Uno de ellos tomó el farol del guarda (sin pedir licencia, ni dar las buenas noches), y encendió un puro. Dios los guarde caballeros (les dijo *Ojo al tres*) y sepamos ¿quienes? ¿cómo? ¿y de qué manera? = Gente buena, á Dios gracias, y toda de liberales intrépidos. = Son vds. cardenales, ó infantes acólitos de Catedral? = ¿Por qué lo pregunta vd.? = Por el ropage, caballeros. = Pues señor mío, no somos ni cardenales, ni acólitos ó mo-

nigotes; somos mucho mas. = ¿Qué son, pues? = Somos gefes de la gran congregacion anti-servil: somos los que empuñando el sagrado fuerte escudo de la libertad de imprenta, escribimos cuanto se nos antoja de los vireyes, de los arzobispos, obispos, canónigos, curas, magistrados, jueces y en suma, de toda corporacion y autoridad, sin perdonar á la suprema que es el Rey. Díganlo nuestros papeles, primera y segunda parte sobre que los contraventores de la ley deben de ser castigados: al que le venga el saco que se lo ponga: predicar en desierto, sermon perdido: la misma geringa aunque con distinto palo: carta al Pensador Mexicano: tormentos que mandó dar el señor Concha &c. &c.

Ojo á tres se disponia á contestarles, quando se unió á la comitiva (sin saberse por donde vino) un anciano venerable cuyo semblante imponia respeto: saludó córtamente, y dirigiendo la palabra al cabo Ojo, le preguntó. ¿Me conoces? = Sí señor (haciéndole una profunda reverencia) os conozco, y sé que sois el Juicio imparcial. Aunque oyeron esto los engorradados se estuvieron sérios sin hacer la mas leve demostracion de cortesía: y luego el Juicio con voz reposada y apacible les habló de esta manera.

Si tanto blasonais, señores, de ser decididamente adictos á la sábia Constitucion política de la Monarquía Española, ¿cómo escribís contra las autoridades tan atropellada é irrespetuosamente provocando á subversion? Cada palabra vuestra es una amenaza, y no aspirais á otra cosa que á separar este suelo de la metrópoli. ¿Esto es ser verdaderos constitucionales? Quando jurasteis el Código inmortal, ¿no jurasteis tambien ser fieles al Rey, y respetar las autoridades constituidas? Si estais quejosos de las que actualmente gobiernan, ó si creis que la Constitucion no se cumple por capricho ó fines particulares, ¿por qué no reclamais su observancia con moderacion y respeto como os está mandado? Todo ciudadano español se halla en este caso; pero debe hacerlo por el orden que ella estableció. Los medios de que os valeis son violentos é ilegales, y sabed que con vuestros escritos no cogereis otro fruto que el muy amargo de la ruina total de vuestra patria. ¿Sangre y fuego quereis? ¿A vivir inde-

pendientes aspirais? ¡Pues á qué fin la marcha próxima de vuestros representantes á unirse al augusto Congreso Nacional? Y si en él han de promover lo mas conveniente al bien común de toda esta América, ¿por qué no esperais el resultado?

¡Escritores sin reflexion! ¿á donde caminais? ¿Creis que si se comprueban legalmente los inauditos atentados del señor Concha, quedarán sin un terrible ejemplar castigo? Volved en vosotros: recobrad vuestro acuerdo; serenaos y dejad á las Córtes vuestros intereses, pues ellas (no vosotros) acordarán, con la Real sancion, cuanto convenga á perpetuar la verdadera sólida felicidad de este nuevo mundo como parte integrante que es de la Monarquía.

Si sabeis que la Constitución previene que á ningún ciudadano español se ponga preso por opiniones políticas, ¿á qué fin el negro duelo que habeis formado por la reciente prision de algunos? Esto es no entender las cosas (perdonanme que os lo diga así); por que aunque es verdad que no se debe tocar á la persona que publique sus opiniones políticas, tambien lo es que no están en este caso los autores de las impolíticas, de las subversivas, de las incendiarias, de las infamatorias, &c. y por tanto se les ha tratado y está tratando del modo que sabeis: si no es con total arreglo á las leyes, contad que sin dejar de aplicarse al delincuente el castigo á que fuere acreedor, no quedarán sin él los jueces que atropellaren á aquellas. Espero que cuanto antes vereis dar sazonados dulcissimos frutos al hermoso árbol constitucional: esperad un poco, pues ahora se acaba de plantar, y sus raíces aun no están bien afirmadas en la tierra: que llegue este caso, y hallareis cumplido mi vaticinio; no olvidandoos de que la insurreccion aun cuenta con reuniones considerables de gente armada, que llaman la atencion del Gobierno con preferencia. Despidiéronse precipitadamente estos colorados, y el Juicio imparcial hablando con Ojo al tres, le dijo.

Si acaso encontrases al autor de la primera y segunda parte de los políticos locos, te encargo que á mi nombre le des un estrecho abrazo, manifestándole el alto aprecio que hago de estos bellísimos y gra-

ciosísimos papeles, que, no sé por qué causa, atribuían muchos al *Tocayo de Clarita*: que siga escribiendo, persuadido de que ninguno, como él, sabrá hablar de locos con tanta cordura, talento y chiste. Vete en paz, pues yo me ausento. Se fué.

Oja al tres en retirada con su leva, pasaba al amanecer por la plazuela de Santo Domingo, y se paró frente á la aduana mirando atentamente aquel edificio, de arriba á bajo. ¿Si tendrá que hacer alguna presa en esta casa? Bueno será que no se descuiden sus habitantes por lo que pueda importarle.

Dieron las cinco de la mañana, y se disolvió la leva, tomando cada uno de sus individuos el camino que le estuvo mas á cuento; y por ahora se acabó el de la cuarta salida.

C.

MEXICO: 1820.

En la oficina de D. Juan Bautista de Arizpe.